



# REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.  
—Se insertan anuncios á precios convencionales.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza . . . . .	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 .	18 .	32 .

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Pinar, 2, 2.º.—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.  
—No se devuelve ningun manuscrito.

### SUMARIO.

- I.—*Advertencia*.
- II.—*Crónica madrileña*, por D. José M. Matheu.
- III.—*Recuerdos históricos de la Semana Santa en Zaragoza*, por D. Mariano Cavia.
- IV.—*Espronceda.—Su vida* (continuacion), por D. Faustino Sancho y Gil.
- V.—*Siete días en Annam*, novela original (continuacion), por don Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*Sonetos Religiosos*, por D. Valentin Marin y Carbonell.
- VII.—*Libros recibidos en esta redaccion*.
- VIII.—*Espéctáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

### ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de fuera de Zaragoza que estuvieren en descubierto del pago del pasado trimestre, que se sirvan remitirnos prontamente dicho importe, bien por medio de carta á nuestra Direccion, bien por medio de sus amigos en esta capital, entregándolo en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis. Desde hoy no serviremos fuera de esta capital suscripcion alguna cuyo importe no haya sido anticipadamente satisfecho.

### CRÓNICA MADRILEÑA.

La semana ha empezado con el verdadero festival del año; la primavera. En estos grandes centros, tan apartados de la naturaleza, échase de ver este cambio de escena en los teatros, en los paseos y en los gabinetes perfumados y *comfortables*, donde las flores de artificio se ven reemplazadas por las naturales de vivísimos colores.

Cuando pasais, en uno de estos hermosos días, por cualquiera plaza, no podeis ménos de deteneros delante de una casetilla medio redonda ó medio octógona, cerrada durante el invierno y que ahora abre sus ocho ventanitas, colocando ante sus cristales como en un gran escaparate, una multitud de tiestos, macetas, jarritos, más ó ménos artísticos y grandes, pero todos floridos, riéntes y primaverales. Los hombres á veces pasan de largo; las niñas y las mujeres nunca los ven sin admiracion y sin desearlos; al fin esto es lo que ménos cuesta.

\* \* \*

Las lecturas públicas que dieron comienzo en el Teatro Español bajo tan buenos auspicios, abriéndose un abono particular para esta clase de espectáculos, concluyeron la anterior semana, segun unos por indisposicion del Sr. Calvo, único lector posible; segun otros por indisposicion... del público. La verdad es que si ha de hacerse todo en virtud de compadrazgo, de recomendaciones y exclusivismos no vale la pena de iniciar ningun progreso en sentido favorable para el arte y para la cultura pátria. Años hace que estas lecturas están generalizadas en América, Inglaterra y Francia, y nadie puede poner en duda la influencia que han tenido en la formacion del buen gusto y en la rehabilitacion de la verdadera lírica; pero debemos recordar que no todo lo *bueno* es igualmente bueno para leerse, ni esto lo será para todos los públicos.

En el mismo coliseo se ha visto no há mucho el estreno del drama histórico en cuatro actos *Cruz y Corona*. Toda obra dramática tiene su historia, y muchas veces con las peripecias que suele pasar, podria hilvanarse fácilmente una comedia, que viniera á ser el epilogo del drama. Su autor don Jose Cabiedes ha conseguido por fin que estas idas y venidas de su drama tuvieran un desenlace satisfactorio. El público ha acogido con marcadas simpatías el temperamento patriótico y liberal de la obra, pero no ha sido llevado por el interés de la accion ni por el movimiento de los afectos, hasta la explosion de las grandes manifestaciones. Bien pueden seducirle la belleza de la forma, la música del verso, las ideas nobles y levantadas de los personajes, pero es preciso desengañarse; el público sólo se interesa y conmueve cuando existe el drama. Impórtaule poco su tendencia moralizadora ó sus pequeñas inverosimilitudes con tal que haya vida, accion, movimiento, conflicto de intereses, oposicion de caracteres ó lucha de pasiones.

\* \* \*

Parece que el juéves pasado el Sr. Menéndez de la Vega, actual empresario de la plaza de toros, obsequió con un gran banquete en los *Cisnes* á varios periodistas y toreros. Frascuelo no pudo asistir porque no recibió á su debido tiempo la invitacion; pero en cambio se aseguraba que Lagartijo estuvo elocuente y que al final, ó mejor dicho á los pos-

tres, se oyeron numerosos brindis; esto es muy natural y se comprende.

La temporada de los toros va á inaugurarse muy en breve. En estos dias se cruzan cartas, manifiestos, convocatorias y se habla de comités, delegaciones y candidaturas super-oficiales, pero un aficionado (lo diremos en francés) de *pur sang* prefiere un anuncio completo de las cuadrillas con sus nombres, álias, condiciones, ganado y demás puntos *trascendentales*, á las listas electorales de su distrito. Esto tambien se comprende; el arte (?) se siente, la política se discute.

\* \* \*

Los concurrentes al Teatro Real están de enhorabuena. No há muchos dias que asistieron galantemente al beneficio de la Borghi-Mamo, comprendiendo que la prima-donna es una hermosa esperanza para el porvenir en parte realizada, y que en union de Gayarre, Pandolfini, Sani, La Vitali y la Durand, forman uno de los mejores cuartetos que se han oido en estos últimos años. Así es que *Favorita*, *Fausto*, *Hugonotes*, *Puritani* y *D. Juan* se cantaron á conciencia, y se repitieron sin cansancio del público. El *Don Juan* de Mozart es una partitura bellísima, llena de vigorosas inspiraciones, y donde el oido del dilettante encuentra, no sé qué de extraño y maravilloso que es el sello especial de aquel malogrado génio. Una de las mejores críticas de esta obra está hecha en un cuento de Hoffman, que como todos saben, unia á sus méritos literarios, un sutil y admirable criterio para juzgar las obras musicales.

Al beneficio de Gayarre siguió el de nuestra compatriota Elena Sanz, que estuvo brillantísimo y concurrido como siempre. Esto no es un elogio, es una ovacion fúnebre; porque dentro de quince días el coliseo de la Plaza de Oriente habrá cerrado sus puertas.

\* \* \*

Cada época tiene su manera de concebir y realizar la belleza. Aquel clasicismo que nos trajeron los imitadores de la escuela francesa, tan afectado y pulido de forma como pobre de ideas, pasó para no volver. Hoy al escritor, ó más bien al artista, no le basta colocarse bajo la bandera de una escuela y llamarse clásico, romántico, realista como Ernesto Feydeau ó naturalista como Emilio Zola; el pabellon no salva á la mercancía. La retórica de las escuelas y las reglas de los maestros son insuficientes para producir una obra maestra y adquirir una reputación sólida y merecida. Fuerza es que el hombre de letras tome el pulso al espíritu de su siglo, estudie las complicadas cuestiones filosóficas, se interese por las muchedumbres antiguamente olvidadas y hoy factores necesarios en el problema social, y se haga pensador para que su obra no sea la obra fútil ó de lujo que se guarda en las librerías, sino la obra humana y civilizadora que vive en los corazones. Un libro que eleva es siempre preferible á un libro que distrae.

Nuestros antiguos novelistas tuvieron aptitud y condiciones para crear el género nacional, pero si se exceptúa la obra de Cervantes que no puede tener imitadores, apenas contamos media docena de

libros que merezcan llamarse novelas y mucho menos obras de arte.

Entre los contemporáneos, se dice de Fernandez y Gonzalez que es el *gran pecador*, porque ha derrochado tesoros de estilo y de imaginacion en multitud de libros que pasan por novelas y no pasarán ciertamente á la posteridad. A mi pobre juicio nuestros únicos novelistas son Fernan-Caballero, Alarcon, Valera y Perez Galdós.

\* \* \*

*La familia de Leon Roch* del Sr. Galdós consta de tres partes ó tomos, y es por consiguiente la más estensa que ha publicado. A la galanura del estilo, que en ocasiones llega hasta la elocuencia, á la trama sencilla y verosímil de la accion, al conocimiento exacto de nuestras costumbres y del corazon humano, reúne el estudio de una parte del problema religioso; las consecuencias de una exagerada intolerancia en el seno de la familia. A nadie, sin embargo, puede alarmar su lectura porque tiene el gran talento de hacer recaer la responsabilidad sobre las ideas, y nunca sobre los personajes que obrando de buena fé, aparecen como son en la realidad, dignos y elevados.

\* \* \*

Nos hallamos en el Teatro de la Comedia, y en el estreno del *Cura de San Antonio*. Un caballero que ha dormido grandemente durante la representacion, se vuelve á su compañero y le dice:

—Ya habrá V. reparado que dí algunas cabezadas....

—Sí señor, lo he visto. El argumento de la obra es de una virtud soporífica indecible.

—A pesar de esto tengo curiosidad por saber cuál es el fin que el autor se propone.

—Pues muy sencillo. Quiere probar los funestos resultados de los matrimonios entre parientes segun... la higiene.

—Adelante. Esa higiene debe ser la de Monlau.

—Siguiendo por este camino, V. que es andaluz debe tomar el tole para el polo norte y casarse con una laponesa.

—Esto será higiénico desde luego, pero dudo que el autor quisiera pagarme el viaje.

\* \* \*

Decididamente son los estudiantes los que nos ponen de moda en el extranjero. El carnaval anterior hicieron las delicias del público de Paris. Este año recorren las calles de Roma, visitan el Quirinal donde son recibidos con suma consideracion por sus Majestades, dan conciertos en el Instituto Filarmónico, y son aplaudidos y victoreados por una multitud gozosa que les sigue á todas partes.

Habia empezado por la primavera y concluyo por la juventud. Hé aquí dos facetas de un cristal que refleja idénticas luces, dos ideas que se completan y espresan esa misma palabra con que finalizan algunos duos italianos: *Felicitá*.

JOSÉ M. MATHEU.

## RECUERDOS HISTÓRICOS

DE

## LA SEMANA SANTA EN ZARAGOZA.

## I.

Comenzaba el año de gracia de 1522 y estabase en la ciudad de Vitoria el íntegro Adriano de Utrecht, cuando le llegaron las nuevas de su eleccion para ocupar la Santa Sede, sucediendo en tan suprema dignidad á Leon X. El antiguo profesor de Lovaina y antiguo ayo de César Carlos V, obispo luego de Tortosa, gobernador de España y cardenal romano, nunca habia apetecido ceñir la áurea tiara y manejar las pesadas llaves de San Pedro. Tamaña carga superaba con harto exceso las ambiciones de aquel severo eclesiástico flamenco, que desde la silla pontificia se ratificó en las doctrinas que muchos años ántes habia expuesto contra la infalibilidad papal. Aceptó, empero, la eleccion, acatando primeramente los designios del Espíritu Santo y agradeciendo enseguida los de Carlos de Gante, el cual mataba dos pájaros de un tiro al interponer su influjo dentro del cónclave: esto es, premiaba espléndidamente los méritos y servicios de su antiguo maestro y ganaba á la par para la imperial política al augusto Vicario del Hijo de Dios.

En pós de las nuevas de la eleccion papal, llegaron á Vitoria comisionados de la insigne ciudad de Zaragoza para rendir público acatamiento y homenaje respetuoso á Adriano VI, que así quiso llamarse el de Utrecht, sin cambiar su nombre ni conformarse en esto con las usanzas de los nuevos Pontífices. Dignos ciudadanos y honrados representantes de la nobleza y clero formaban la embajada. Recibióla el Papa con grande agasajo y estimó en mucho la religiosa ofrenda que de ella obtuvo, diciendo con este motivo á los enviados zaragozanos corteses palabras que más de un cronista diligente ha consignado en sus escritos.

Consistía la ofrenda en una venerada reliquia de la cabeza del mártir San Lamberto; apeteziala de mucho tiempo atrás el religioso Adriano, mas ni aun con todo el favor de su régio discípulo y amigo la habia conseguido. Y diz que al recibir el piadoso don de manos de dos canónigos que iban en la embajada, dijo Adriano volviéndose hácia los que le rodeaban:

—Si el ser Papa hubiera de ser solo para mi bien, y no para vuestro provecho y el servicio de la Iglesia, desde ahora renunciaria á mi dignidad, pues ella me ha servido ya para poseer la cosa del mundo que más he deseado (1).

Añadió á estas muestras de aprecio, un si es no es hiperbólicas, otras que no agradecieron ménos los enviados de la ciudad de Zaragoza. Ofrecióles el Papa que pasaria la cercana Semana Santa dentro del recinto de la capital de Aragon, y contenidos con esta promesa, dieron la vuelta á sus hogares.

Sábado era, 29 de Marzo y víspera del domingo cuarto de Cuaresma, cuando avistó Adriano VI

los muros de Zaragoza y oyó el sonoro campaneó de iglesias y conventos que saludaba su llegada. Se aposentó en el real palacio de la Aljafaría, y el viernes siguiente, día 4 de Abril, hizo su entrada solemne en la ciudad. Pomposo y magnífico fué el recibimiento, como á varon de tan excelsa dignidad correspondia y como era de suponer en ciudad tan rica y populosa. Acompañado procesionalmente por los magistrados de la ciudad, clerecía, órdenes religiosas, y al compás de los vtores de las gentes, los acordes de las músicas y el voltrear de las campanas, llegó el Papa, que era conducido en *silla gestatoria* por varios caballeros, á la santa Iglesia de La-Seo, donde concedió indulgencia plenaria á cuantos estaban dentro de los muros de Zaragoza. Pasó luego á comer en el palacio Arzobispal y por la tarde, ginete en arrogante mula y acompañado por brillante y lucido séquito, volvió al alcázar del Ebro, saliendo de la ciudad por la puerta que existía aneja al monasterio de Santa Engracia.

Este santuario, que hoy está en ruinas y á la sazón aquella se ostentaba en todo su esplendor, atrajo singularmente la atencion de Adriano, no ménos por la arrogancia y primores de su aspecto exterior que por la inapreciable valía—desde el punto de vista espiritual—de los tesoros acumulados en aquella famosa cripta durante los primeros siglos del Cristianismo. Ofreció, pues, el Papa, visitar reposadamente el monasterio y sus catacumbas, verificando su promesa en el miércoles 9 de Abril con grande solemnidad y aparato (1).

Por cierto que en esta visita ocurrieron sucesos que en aquel tiempo, en que la pura y limpia fé se empañaba frecuentemente con el torpe hábito de la supersticion, impresionaron grandemente al vulgo, y aun á varones prudentes y sensatos.—Ocurrió primero que, al entrar el Padre Santo en la capilla de Santa Engracia, cayó de lo alto una lámpara de cristal, manchando el ropage papal de aceite; de aquí tomaron pié las gentes agoreras para vaticinar á Adriano pronto y funesto fin, y en verdad que los sucesos no desmintieron tales supersticiosas predicciones, porque el Papa murió en Roma á 18 de Setiembre del siguiente año de 1533.

Después se abrió el sepulcro de San Lamberto y al tomar el Papa las quiéjadas que se arrancaron de la cabeza del santo para ponerlas en suntuoso relicario, empezaron á destilar sangre fresca en abundancia. Así al ménos lo dicen, sujetándose á vulgar tradicion, el P. Sigüenza, el eclesiástico Carrillo y Blasco de Lanuza. Desde que San Lamberto habia padecido su martirio hasta el punto en que aconteció el prodigio supuesto, eran transcurridos mil doscientos diez y nueve años.

Ello es, dejando aparte estos sucesos más ó ménos inexactos, que Adriano VI quedó prendado del Monasterio de Santa Engracia y declaró queen él pasaria y celebraria la Semana Santa. A este efecto, instalóse en él el miércoles 16 de Abril,

(1) Esta visita, y demás particulares que contiene el presente artículo, describíense con puntual minuciosidad y comentarios un tanto candorosos en el libro del P. Marton, titulado *Origen y Antigüedades del subterráneo santuario de Santa María de las Santas Masas*. = Zaragoza, 1737.

(1) Illescas: *Historia Pontificia*. = Carrillo, *Vida de San Valero*. = Murillo, *Excelencias de Zaragoza*.

hospedándose en la celda claustral y presidiendo todos los divinos oficios y religiosas ceremonias con que recuerda la Iglesia en estos días la pasión y muerte de Jesús.

El Jueves Santo presidió los oficios, revestido con capa y mitra de brocado blanco, y asistió á la misa, celebrada por el Arzobispo de Búrgos, comulgando luego desde su silla á todos los monjes de Santa Engracia. Subió luego al coro con los obispos, leyendo dos de estos, uno en latin y otro en castellano, la Bula *In Cena Domini*. Llevado en silla por cuatro caballeros hasta la entrada del coro y puesto bajo de un dosel, pronunció ante el pueblo la absolucion. Con la acostumbrada ceremonia de lavar los piés á trece pobres y la del Mandato, terminaron las de aquel día.

Al siguiente, Viernes Santo, ofició con capa encarnada de Cardenal, estando desnudas las tablas de su sòlio. Además de las ordinarias ceremonias y de conceder públicas indulgencias, señaló siete iglesias de Zaragoza para ganar las estaciones de Roma, siendo en esta forma designadas: el Viérnes Santo en Santa Cruz, el Sábado Santo en La-Seo, el Domingo de Páscoa en el Pilar, el lunes en San Pedro, el mártes en San Pablo, el miércoles en San Lorenzo (derribada en 1868), el juéves en San Felipe, el viérnes en el Portillo, el sábado en San Juan el Viejo y el Domingo de Cuasimodo en Santa Engracia.

De igual suerte asistió el Papa á los oficios del Sábado Santo y del Domingo de Resurreccion, mostrándose infatigable en estos piadosos y solemnes ejercicios. El lunes por la mañana volvióse, despues de decir misa, al palacio de la Aljaferia, y de tal modo quedó aficionado al histórico monasterio, que le otorgó notables franquicias por un Breve de 6 de Junio, dictado pocos días antes de adandonar la ciudad del Ebro, que tan singulares atractivos ofreció al antiguo Dean de Lovaina.

Hé ahí por qué motivos la Semana Santa de 1522 dejó memoria en los católicos habitantes de la vieja Salduba.

## II.

Interesantes memorias ofrece tambien en iguales dias y con ocasion muy semejante el año 1529.

Antes de salir de España en aquel año el César Carlos V á desbaratar la liga formada contra él por los más poderosos Príncipes y Estados, vino á Aragon para celebrar Córtes y visitar á sus leales súbditos de estos reinos. Detúvose por esta coyuntura en Zaragoza desde 23 de Marzo hasta 29 de Abril, segun cuenta Blasco de Lanuza.

La antiquísima cripta de Santa Engracia y el suntuoso monasterio que la guardaba eran, como dice el P. Marton, imán de todos los pasajeros que á Zaragoza acudian, y el Emperador que, amén de hombre religioso, era particularmente aficionado á las cosas de la monástica órden geronimiana, dejó su hospedaje de la ciudad, apenas fueron llegados los días de Semana Santa, y fué á pasarlos en el famoso monasterio.

El Miércoles Santo se alojó allí, asistiendo incontinenti al Oficio de Maitines. Al día siguiente asistió á la misa que cantó el Obispo de Coria, manteniéndose oculto entre unas cortinas de da-

masco negro, á la izquierda del altar mayor. Cuando el Señor Sacramentado fué depositado en el Monumento por la clerecía oficiante, llevó el augusto huésped una vara del pálio, acompañándole de igual guisa el conde de Nassau, el hermano del marqués de Brandemburgo (ascendientes de dos casas que hoy reinan en Europa) y otro de los Grandes del séquito imperial. Marcharon luego al refectorio en procesion; despues de practicarse cuanto ordena la liturgia, lavó el Emperador los piés á trece pobres, ayudado por el Obispo de Coria, conde de Nassau y Condestable de Castilla, enjugándolos con limpias toallas y sirviéndoles luego por su propia mano las viandas de una comida variada y abundosa.

No hizo falta á los demás oficios del día ni ménos á los del Viérnes Santo; siendo de notar—segun las minuciosas crónicas que seguimos—que durante todos ellos se mantuvo de pié ó de hinojos el César sin que tomase asiento, ni aún para oír el sermon. Despues de otorgar su gracia á vários reos, siguiendo la antigua y moderna usanza de los Reyes de España al adorar la Cruz en este día, y acabadas que fueron las demás ceremonias, retiróse á la celda, donde ayunó á pan y agua, como el más severo y rigorista de los monjes.

Aquella noche fué á la Iglesia del monasterio una procesion de disciplinantes, y como estos espectáculos gustaban al de Gante, le avisó al punto un criado suyo. Marchó al coro para ver la funcion, seguido solo de un camarero y un page, pero ya se habian retirado los de las disciplinas cuando él llegó; se le fué á buscar, mas como se les encontrase bastante alejados, junto á San Agustin, aunque ellos se ofrecieron á volver, no quiso consentirlo Carlos V.

Para el día de Resurreccion dispuso que tomara parte en la funcion religiosa su brillante capilla de música; que, como era tan aficionado á este arte, la llevaba siempre consigo, compuesta de famosas voces y variados instrumentos. Durante los días anteriores, no permitió que sus cantores interrumpieran en los oficios religiosos, dejando solo el cumplimiento de estos á los monjes gerónimos, cuyo canto llano agradaba no poco á aquel singular monarca, de quien se cuenta, para indicar cómo á veces su grande aficion á la música se sobrepónia á su severa religiosidad, que en una funcion solemne dirigió desde su sitial del coro este apóstrofe á uno de sus cantores:

—*¡Ah, pardiós, hieputa, y cómo desentona ese bermejo!*

A las dos de la tarde de dicho día concurrió á Visperas, y terminadas estas, despidióse de los monjes con todos los Grandes y señores de la córte, agradeciendo á los hijos de San Gerónimo el hospedaje que en su santa casa les habian dado. Besaron todos los monjes las manos al Emperador, y al hacerlo el prior Fr. Pedro de la Vega, que días antes le habia ofrecido una traduccion de Tito Livio, dijo el régio varon:

—Padre Prior, rogad á Nuestro Señor que enderéce este mi camino, que si de él no ha de servirse, no lo quiero.

Con lo cual se restituyó á su alojamiento de la ciudad, situado en las casas del conservador Juan

Gonzalez; despues de haber ofrecido á los zaragozanos en un monasterio de Gerónimos el espectáculo de su acendrada piedad y firme devocion, aquel monarca que, andando el tiempo, habia de ir á acabar en otro monasterio de la misma órden una vida llena de triunfos y un reinado que llevó el nombre de España al redor de todo el orbe.

MARIANO DE CÁVIA.

## ESPRONCEDA.

### SU VIDA.

(Continuacion.)

La luz de su mañana quemó las raíces del viejo árbol de las añosas instituciones, despertó á Grecia y llevó un espíritu inmortal á la pluma que escribiera el Código de 1812. En su mediodía vino la putrefaccion al cadáver del derecho divino; las aristocracias dejaron rodar las piedras angulares del altar de sus privilegios; casi todas las naciones siervas rasgaron su túnica de esclavas, y en la hora actual, mientras América escribe la palabra libertad con las chispas del rayo, encadenado á sus piés con el alambre de Franklin, y el Rhin sueña en traducir en hecho el pensamiento de su filosofía y el Danubio ahonda cada minuto la sepultura de Turquía, Rusia penetra en esa pagoda inmensa que se llama Asia, á encender en sus rotas aras la lámpara sagrada de la civilizacion, y educa generaciones para el derecho, como en otro tiempo las tenebrosas selvas germanas educaban los bárbaros para que fuesen hijos de la Cruz. El siglo XIX, en política afirma la soberanía del pueblo, en filosofía la libertad del pensamiento, en la tribuna la igualdad de todos ante la ley, en economía política la libertad de comercio, y por esto decía ántes que la idea de nuestro siglo es la libertad, su pensamiento la democracia, porque la libertad no la representa (y entiéndase que hablo en las regiones de la esencia); no la representa sino esa escuela que ha sabido ascender hasta el ideal del derecho, que ha leído en la naturaleza humana la fé de bautismo de la libertad, que ha engarzado en una extensa y brillantísima série la idea de nuestro siglo desde las serenas regiones de la conciencia hasta la vida práctica; no la representa sino esa escuela que encierra en su seno la idea humanitaria que unas edades han legado á otras edades y unas escuelas á otras escuelas; no la representa sino esa escuela que impulsa la civilizacion en las tres razas que hoy se dividen el mundo, lo mismo entre los heleno-latinos y anglo-germánicos que entre los esclavos que á la voz de Rusia cincelan su personalidad en sus hielos genesiacos, convencidos de que están llamados á ser en este hemisferio de la historia lo que fueron en el antiguo los fuertes y vigorosos germanos.

Espronceda, hijo de su siglo, profesaba estas ideas, y dispuesto siempre á sacrificarse por el bien y la libertad de los hombres; dueño de una lira, altiva con el fuerte, cariñosa con el débil y enemiga encarnizada de la tiranía; incansable obrero del derecho, donde quiera que veia trabajar por la realizacion de esta ley, en cuya virtud ha de ser creado el hombre nuevamente, cambiaba las sonoras cuerdas que repetian la voz de nuestro tiempo, por la barrena destructora de las murallas construidas por el despotismo, para no dejar espaciarse en lo infinito el Océano del espíritu.

Por esto, amigos, cuando llegó la hora de arrancar de raíz las lises brotadas en el trono del Sena y de

llevar á los museos arqueológicos de la historia un cetro, que pedia sitio en la sepultura de San Luis; cuando sonaron los clarines y fúnebres tambores que anunciaban iba á celebrarse el duelo á muerte pactado entre dos poderes que ya habian cruzado las espadas, situándose el uno al pié del cedro de la Restauracion, cubierto de banderas blancas, y el otro al pié de la encina de las libertades francesas, ornada de escarpelas que recordaban las que convirtieron las Pirámides y los Alpes en Capitolios de la Francia, Espronceda consumió tantos cartuchos como el que más en el Puente de las Artes, distinguiéndose entre los que contribuyeron á que la ruda y cálida batalla de los tres días de Julio se resolviese en victoria para el pueblo. Poco tiempo despues de estas jornadas, viósele entre aquel puñado de héroes, cuyos nombres figurarian dignamente al lado de los de Leonidas y sus Trescientos, que aquende el Pirineo dieron señales de bizarría, asistiendo al desgraciadísimo combate en que halló gloriosa muerte D. Joaquin de Pablo, á quien apellidaré el Bueno. Vencido y llorando la pérdida de aquel español ilustre que tanto amaba, pidió nuevamente iglesia á la nacion vecina y dirigióse á París. A su regreso á la antigua Lutecia, encontró á la Francia dispuesta á castigar un crimen que no cabe en la misericordia divina, perpetrado por la espada de hielo del despotismo; dispuesta á ir á desatar de la cola de los caballos cosacos, que la arrastraban por rocas y precipicios, á esa Brunequilda de las naciones, á esa hija queridísima de las inspiraciones del dolor, que parece una israelita de divina belleza tañendo llorosísima arpa, ausente de los sauces babilónicos. Aludo á Polonia.

¡Polonia! ¡Ay! Hace llorar, señores, el recuerdo de las desgracias y de las injusticias que han afligido á ese país más rico que otro alguno en bellas cualidades, y tan generoso, que si el cielo no envia rayos que consuman las impías y malditas manos que le crucificaran, es porque como el Mártir humilde, yerto, mortificado por la hiel y las espinas, con la dulzura caritativa del Dios del amor, exclama á toda hora en medio de sus dolores, desde la cima de su cruz:—¡Padre mio! perdónalos; perdona á los bárbaros que me inmolaron entre orgías de sangre y al pálido resplandor de los incendios, porque ¡créelo! ¡no saben lo que hacen! Amigos míos, Polonia se llama el arca santa que cien veces ha salvado la civilizacion durante los terribles diluvios de la historia: Polonia se llama la campana que ha advertido á todos los pueblos la hora de sus infortunios: Polonia se llama la amazona de Cristo, que nació armada de heroica lanza, vivió sin dar paz á la espuela, y hoy duerme en sangriento sepulcro sobre lanzas y espuelas que cuando firmen pactos con la victoria escribirán el poema de la paz, trocarán en soluble el insoluble problema de Oriente y ofrecerán á la Europa la lima que ha de borrar la dorada media luna y las alcoránicas inscripciones, que allá en el Bósforo, se levantan sobre la Santa Sofía de Constantino. Bien sabeis vosotros que no son exageradas las alabanzas que de esa nacion sin igual estoy haciendo, pues no ignorais que sus hijos, cuando no han sido soldados, han sido mártires del derecho de los pueblos.

Ella salvó la Europa de las incendiarias teas del tártaro y del mogol; ella, en la hora más aletargada de la Edad Media, mientras las gentes se daban á disputas teológicas, á guerras religiosas, impidió que el turco pusiese sus harenes y su trono en Roma y en Constantinopla, ejes de la historia moderna.

Gloriosa nacionalidad que se perdió por su culto al derecho escrito, sumiendo al Occidente en una intranquilidad que no cesará, sin duda, mientras estés crucificada, tú, ¡cruzado de las naciones! ¡madre afligida

que ves á tus hijos en el ostracismo! ¡doncella abandonada por los revolucionarios franceses, vendida por el vencedor de las Pirámides, engañada en 1815, olvidada en 1830, en 1848, en 1853, despreciada hoy y que sin embargo, como dice un orador ilustre, aún crees que las sombras de tus padres están levantándose en los campo-santos para romper las cadenas del mundo y sostener en las puntas de sus lanzas la cúpula de San Pedro, combatida por los huracanes!

¡Épicos son el heroísmo y la resignación de Polonia! Mas épica es la esperanza que nunca ha perdido de que el orbe que la contempla encadenada la vea un día redimida. Napoleón no quiso distraer de sus estériles guerras un minuto que despertase el cadáver de la nación martirizada en un Gólgota sublime: Polonia se ha vengado pintando al General con púrpura, envuelto en blanco sudario en una tumba que el globo no puede sostener, y pidiendo á Dios clemencia á la vista de los girones del mapa de la gran madre de Sobieski. Concluyó su pintura, sufrió con paciencia el desengaño que de Alejandro I recibiera, oyó el grito revolucionario de 1830, se puso en pié, tocó el clarín guerrero llamando al arma, y toda una generación fué muerta por el hierro moscovita, salvándose tan solo los precisos para recabar por el mundo palabras de que se mofaban los tiranos, y para entonar, orillas de extranjero río, los cánticos de su triste patria. Pues bien; en este esfuerzo de Polonia por hacer astillas su cruz, no pocos franceses quisieron ayudarla y predicaron una cruzada con un ardor tan santísimo que recordaba el de Pedro el Ermitaño.

Espronceda llegó á París cuando se agitaba esta idea. Entusiasta por naturaleza; devoto de los grandes sentimientos, de las radiosas ideas; poeta, para quien la poesía estaba no solo en la obra artística sí que también en la vida, y del corte de los que han deseado «mecerse en todos los vientos, beber todos los jugos de la madre tierra, oír todos los poemas de la historia, á fin de formar la epopeya del porvenir que será la Iliada de la humanidad;» hombre de raza distinta de los que se limitan á hacer votos estériles por el triunfo del bien, de la verdad y de la justicia; defensor constante de la fé de su siglo; Espronceda, que como Jenofonte y Esquilo, Tibulo y el Dante, Cadahalso y el cantor de Salicio, tenía corazón de artista y corazón de soldado, concibió el plan de morir por una idea tan grande como la que levantó de su lecho de ceniza á la nación de los génius, de los héroes, para resucitar la pascua de la historia, los paradisiacos dias de la historia, aquellos dias en que el cielo griego llovía rosas, en que el Parthenon y las estatuas de Fidias en la Acrópolis decían que el arte tenía allí su patria y su alcázar; en que se oía la voz del Cefiso en los llanos consagrados por Demóstenes y por el Poeta de la filosofía, la voz de los dioses en el Hible y en el Himeto, la voz de las sacerdotisas en Dodona; en que las ciudades eran magníficas procesiones detenidas en las costas á fin de que llenasen de ideas las conciencias y de notas divinas los aires.... por una idea tan grande como aquella que defendiera sobre los sepulcros de Epaminondas y de Sócrates *el Tasso y Petrarca de los ingleses reunidos en un solo hombre*, el vate «cuya poesía es eterna porque llora mejor que ríe y su nota sensible se apodera del alma como una armónica celeste,» el lord ilustre, *estrella eclipsada* que la posteridad echa de ménos en el cielo de la poesía de nuestro siglo, lírico el más grande de los modernos tiempos que encendió las imaginaciones de sus contemporáneos con el fuego del Childe-Harold, proscrito voluntario de su familia y de su patria, que abandonó su lira, sus pasiones, su gloria, algo más precioso que la Armida del Tasso, para volar á sacrificarse por la humanidad en la Grecia.»

Espronceda quiso imitar á Byron poeta y á Byron héroe, con lo cual obedecía mandatos de su amor á la libertad de los pueblos, y alistóse el primero bajo los pendones generosos que mandó recoger el mercader coronado que derribará el huracán revolucionario de 1848. Contrariada en mal hora aquella empresa, el autor del *Pelayo* tuvo que contentarse con enviar sus lamentos entre maldiciones á Europa, á la que por revindicar su patria conquistó nuevas espinas para su corona de mártir.

Lució, por fin, un dia venturoso para nuestro Espronceda: el dia en que al fijar los ojos en la tierra donde el sol se pone vió abiertas las puertas de la patria por la amnistía de 1833. Dia venturoso aquel, porque todo sér desea vivir entre los que con él tienen comunidad de origen, de sangre, de lenguaje y de vida, cerca del fúnebre ciprés de la tumba de sus padres, y de las fuentes bautismales donde recibió el nombre que lleva.

¡Ah, señores! Peculiar instinto es del hombre, el más hermoso, el más moral de todos los instintos, el amor á la patria: ley sapientísima que evita la aglomeración de los individuos en un solo sitio de la tierra, que ejerce más imperio en el habitante de los desiertos de arena y de hielo que en el de las zonas pródigas en encantos, pues estas con su misma prodigalidad destruyen la sencillez de los lazos naturales que se forman por resultado de nuestras necesidades; ley sapientísima que al conservar siempre en la memoria del árabe, el pozo del camello, la gacela, el caballo, fiel compañero de sus viajes, y en la del negro su rancharía, su azagaya, su banano y la senda de la cebrá ó del elefante, justifica las altísimas miras de la Providencia (1). Cuando nos hallamos fuera de nuestra patria, ha escrito ese génio muy superior á Lamartine é igual á Ciceron, que se llama Castelar, el aire asfixia, porque no es el aire que secó nuestro primer llanto; el hogar parece una cárcel, porque no es aquel donde nos enseñó á orar nuestra madre; el cielo entristece, porque no es aquel cielo donde fuimos felices con nuestras esperanzas, muertas en flor y con nuestras risueñas ilusiones: y el alma se consuela *asociándose hasta á las cosas inanimadas que han compartido nuestros destinos*, identificando nuestra vida con la Jerusalem de nuestra felicidad y sobre todo con el camino de nuestro Calvario, con lo que prestó sombra á nuestros infortunios. Vínculo santo que es un misterio, que yo no sé si consulte en la sonrisa de una madre, en las confidencias purísimas de una hermana, en el recuerdo de la silla de nuestro padre ó del viejo preceptor que nos educara, ó de los desvelos de una nodriza, ó del campanario de la iglesia, ó del tejo del cementerio, ó del sepulcro de gótica ermita; lo que sí sé es que no en vano hemos nacido en un país y que el destierro se convierte en una enfermedad de corazón que solo se cura volviendo á la patria.

FAUSTINO SANCHO Y GIL.

(Se concluirá.)

## SIETE DIAS EN ANNAM.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Sin embargo fué prudente y esperó á que el cocodrilo se separase unas cuantas varas más.

Entónces fué cuando puso en contacto los reóforos

(1) Chateaubriand.

ó hilos conductores que se ramificaban en el estómago del mónstruo con el frasco de pólvora.

Sintiósse á la vez un ruido, semejante al que haria una explosion subterránea, que concluyó por ensordecer el espacio despues de lanzar á una considerable altura parte del acorazado lomo del cocodrilo, y luego una espesa humareda ocultó á la vista de todos el lugar de aquella extraordinaria escena.

Cuando una ráfaga de viento logró disipar el humo, en el lugar que ántes ocupara el cocodrilo sólo habia una extensa mancha de sangre y algunos mutilados restos de carnes y vísceras aun palpitantes. Los demás fragmentos del mónstruo fueron á parar á quince ó veinte pasos de distancia.

—La venganza es el placer de los dioses...—dijo Jaime.

—¡Y de los sábios!—añadió Sir Humberto.—Mas me parece muy conveniente el que descansemos unas horas mientras disminuye la avenida del Bienk-tsay... ¿Quién sabe á donde nos llevará mañana el loco destino que preside á vuestros amores?

—¿Es decir que estais dispuesto á acompañarme?

—¡Hasta el fin del mundo!—contestó el ingénuo botánico con benévola sonrisa.

—¡Sois un excelente amigo y un hombre de razon!.....

—Ved una cosa estraña; hace un dia escaso que nos conocemos y me sería muy sensible abandonaros; tanto me atrae el prestigio de juventud y simpatía con que Dios ha querido dotaros!.....

Despues de este breve diálogo se envolvieron en sus capas, y con la silla de los caballos por almohadas se durmieron á muy poco rato: la fatiga y emociones del dia no dieron tiempo á Sir Humberto de meditar en sus proyectos científicos, ni le permitieron á Jaime hacer otra cosa que evocar la imágen de su adorada como la de un ángel tutelar, y con ella en el alma, con su nombre en los lábios y con su ramo sobre el corazon se quedó profundamente dormido.

## VII.

### COMBATE.

Amanecía ya cuando la explosion de algunos tiros vino á despertar los ecos del bosque.

A ella siguió un estraño é imponente rugido, semejante á un trueno lejano.

Incorporáronse los viajeros, requirieron sus armas, ensillaron á toda prisa sus caballos y montaron en ellos.

Mas á pesar de todos estos preparativos, el gufa de Sir Humberto permanecía inmóvil en el suelo.

Aproximáronse á él recelando alguna desgracia, mas una botella vacía que habia á su lado vino á explicar todo. Aficionado á las bebidas espirituosas, como buen annamita, el gufa se habia apoderado de una botella de aguardiente de las que llevaba Sir Humberto en su equipaje, y despues de apurarla quedó sumergido en un profundo sueño. Todos los esfuerzos que para despertarle se hicieron fueron inútiles.

—¿Qué hacer?—preguntó su amo.

—Dejarle aquí hasta que volvamos despues de saber la causa de esos tiros... ¿Ois? ¡Otro!... Sin duda están asesinando á alguno... ¡volemós en su socorro!—exclamó Jaime con generosa impaciencia. Y espoleando los tres sus caballos, se precipitaron como una tempestad viviente á través de los matorrales y en la direccion en que se habian oido los tiros . . . . .

¡Mucho corre un caballo tártaro cuando le espolea quien sabe que sólo en la huida puede hallar su salvacion y el logro de su amor, pero corre más aún un

elefante aguijado por un padre que vuela en busca de su hija!...

Sengi y el indio que le acompañaba cruzaban las vastas soledades de los bosques como una hoja impedida por un huracan.

En los brazos del primero yacía desmayada la hija de Tay-su.

Pero á no larga distancia de ellos, y aguijando sin cesar á Kourah con la punta de su puñal, venía el viejo mercader ciego de ira y de desesperacion.

El elefante se detenía por intervalos, se orientaba con maravillosa inteligencia del camino que habian debido seguir los fugitivos y proseguia su veloz carrera.

Ya solo distaba de ellos media legua escasa.

Corriendo estos al azar, vieron interceptado el paso por un espeso jaral cubierto de lianas y juncos de más de dos metros de altura.

—¡Adelante!—gritó Sengi murmurando una horrible imprecacion. Y el noble bruto que le conducía, dócil á la voz de su amo, penetró en aquel enmarañado laberinto y empezó á surcar, aunque con sumo trabajo, aquel dilatado mar de verdura.

Siguióle por aquella brecha su acompañante.

Los altos y rígidos juncos, los árboles de caprichosas y flexibles ramas, los arbustos de retorcidas raíces, las tendidas lianas y la inmensa multitud de vegetales allí arraigados se oponian á la marcha de los fugitivos que se veian á cada paso enredados, heridos, detenidos y magullados por aquella exuberante é inoportuna vegetacion.

Y ¡cosa estraña! en medio de la sombría cólera que fermentaba en el corazon del impetuoso maratha y que se traslucía al exterior por una infernal letanía de juramentos, notábase en él una tierna solicitud y un cuidadoso esmero en evitar que aquel flotante Océano de hojas, flores, tallos y ramas lastimara ó molestase á la hermosa niña que yacía desmayada en sus brazos.

Al fin, y aunque con suma lentitud, dejaron á su espalda aquella enmarañada espesura. Tenian de nuevo ante sí un espacio libre y despejado, y espolearon de nuevo sus cabalgaduras.

Pero al atravesar aquel bosque perdieron más de diez minutos que ganó en su persecucion el vigoroso Kourah.

Este se internó en el jaral sin disminuir en nada su velocidad, tronchando, abatiendo y destruyendo cuanto halló á su paso, como un coloso que tuviera por piés columnas de bronce, y dejando en pús suyo un hondo surco de follaje y troncos derribados.

El indio que acompañaba á Sengi desmontó y puso el oido en tierra durante breves momentos. La finura de sentidos de que disfrutaban los de su raza le permitió comprobar sus sospechas, porque al volver á montar exclamó:

—¡Nos persiguen!....

Aún distaban sin embargo más de un cuarto de legua del elefante y de su ginete.

—¡Como no hayan pasado el Hued-Saho sobre las alas de algun águila!....

—¡Y sin embargo es cierto!....

Una afirmacion tan rotunda en boca de un indio es decisiva é inapelable. Sengi se limitó entonces á discurrir cómo y de qué manera habrian podido reemplazar el puente sus perseguidores.

En breve llegaron á la orilla del Bienk-tsay.

Sin dudar ni un momento hicieron entrar en él á sus caballos que empezaron á nadar vigorosamente.

Mas el de Sengi, abrumado bajo su doble carga, vaciló algun tanto al recibir de lleno el embate de las olas. Observólo el maratha, y despues de alargar su carabina á su acompañante con el objeto de no mojarla,

se precipitó al río, y sosteniendo con una mano el exánime cuerpo de Radhiah sobre el arzon y agarrado con la otra á la espesa clin del noble bruto, pasó el anchuroso aunque tranquilo Bienk-tsay que ya habia de crecido notablemente.

Ya en la orilla montó de nuevo y prosiguieron su vertiginosa carrera.

Cuando á poco rato volvieron la cabeza, vieron dibujarse en el horizonte una masa informe y cenicienta que se aproximaba rápidamente á ellos.

—¡Maldicion! ¡es el elefante Kourak el que ha pasado el torrente!... ¡Por fortuna no conduce más que á uno!...—exclamó Sengi parando bruscamente su caballo.

—¿Nos detenemos?

—¡Si tal: de todos modos acabaria por alcanzarnos! Más vale que no nos halle fatigados.

—Tay-su es el que le monta. ¿Vas á entregarle la doncella?

—¿Entregarla? ¿Acaso la he cojido para devolverla?—replicó el maratha acariciando con feroz ademán su carabina.

El elefante detuvo también la velocidad de su carrera: su fiel instinto le decia que los tugiivos no podian evadirse ya. Cruzó con majestuosa lentitud el Bienk-tsay y se dirigió hácia ellos.

—Adelántate é intima á ese imbécil que retroceda.

—¿Y si se niega?

Un significativo gesto del maratha indicó al indio su feroz resolución.

Avanzó éste veinte pasos y apuntando á Tay-su le gritó:

—¡Atrás!

(Se continuará.)

B. MEDIANO Y RUIZ.

## SONETOS RELIGIOSOS.

### I.

#### JESUCRISTO.

¡Miradle!... No es el Dios que arde en los vientos  
Y envia un rayo á las soberbias frentes;  
Que no conciben abrasadas mentes  
Sin encender abismos de tormentos;  
Que ruge en borrascosos firmamentos,  
Y en sus venganzas se ostentó á las gentes,  
Cual eco aterrador de mil torrentes,  
Ceñido de relámpagos sangrientos.  
Es un Dios de palabras cristalinas;  
Un Dios humilde, el Dios crucificado  
Que fueron á besar las golondrinas;  
¡Dios que perdona, mártir azotado;  
El Dios que el hombre coronó de espinas,  
Y perdonaba en una cruz clavado!

### II.

#### LA CRUZ.

Nunca padron de una mayor vileza  
Se ha convertido en joya más preciada,  
Ni nunca pequeñez tan malhadada  
Ha podido ostentar tanta grandeza.  
Ayer, hundiendo en funeral tristeza,  
Era tan sólo del verdugo amada;  
Y al dedicarle un beso, una mirada,  
Hoy se descubre el hombre la cabeza.

¡Miradle!... Ella rasgó malditos lazos;  
En ella estuvo Cristo moribundo;  
Ella con hondo pié cerró el infierno.  
¡Ved cómo extiende los gigantes brazos  
Y recoge las lágrimas del mundo  
Y las arroja al trono del Eterno!

### III.

#### EL CIELO Y EL INFIERNO.

¿De fé llevais el corazon vacío,  
Y, no esperando por vivir sin ella,  
Ni presentís una region más bella,  
Ni horror os causa otro lugar sombrío?  
Ved, ya cadáver sobre lecho frío  
De paja inmunda, á virginal doncella.....  
Venid, mirad: sobre la pompa aquella  
Yacen los restos de malvado impío.  
¡La vírgen!... ¿En su rostro ántes doliente,  
Por vaporosa luz transfigurado,  
No se sonrie el cielo dulcemente?  
Mirad, mirad el rostro del malvado:  
¿No dicen las arrugas de su frente  
Que á sombra eterna ha sido condenado?

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

#### LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL. = *Seccion Juridica.* = SISTEMA DEL DERECHO ROMANO ACTUAL, por M. F. C. de Savigny, traducido del alemán por M. Ch. Guenoux, vertido al castellano por Jacinto Mesía y Manuel Poley. = Tomo III. = Un volúmen en 4.º de 393 páginas. = Madrid, F. Góngora y compañía, 1879.

Ya en ocasiones anteriores hemos expuesto ligera y concisamente nuestra opinion sobre esta obra excelente y su actual version á nuestro idioma. Del tomo que ahora hemos recibido sólo diremos que es tan interesante como los anteriores y que las materias tratadas en él (*Origen y extincion de las relaciones de derecho*) ofrecen al juriconsulto y al crítico pasto abundante de reflexion y estudio.

Cuando el libro de que tratamos esté completamente terminado, en los cinco tomos de que consta, emitiremos acerca de él el juicio razonado y amplio que por su importancia merece.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA. = *Seccion 4.ª Historia.* = GUADALETE Y COVADONGA, del año 600 al 900, (páginas de la Historia patria), por D. Eusebio Martínez de Velasco. = Un volúmen en 8.º de 256 páginas. = Madrid, G. Estrada, 1879.

Con elegante estilo, concisa exactitud y precision histórica narra en breves, pero sustanciosas páginas, el Sr. Martínez de Velasco el ocaso de aquel famoso imperio visigodo que dió vida á la nacionalidad española y los albores de aquel otro célebre imperio musulmán que se enseñoreó de la península, contrastado apenas desde las montañas cántabras por esforzados campeones de la antigua raza y de la antigua fé.

El carácter especial de la Biblioteca utilísima que el Sr. Estrada publica con general aplauso, no permite al autor de *Guadalete y Covadonga* dar á su relacion vuelo muy elevado, ni en la exposicion de los sucesos ni en la crítica de los mismos y sus consecuencias. Sin embargo, en la primera de ambas condiciones ha logrado felizmente el Sr. Martínez de Velasco aunar la abundancia é interés de las noticias con la sencillez y brevedad del relato; y en cuanto á la parte crítica del libro, merece el autor todo género de aplausos, por haberse atenido estrictamente á la moderna y prudentísima manera de escribir la historia, depurando cuidadosamente hechos dudosos y relaciones fabulosas, buscando la belleza y variedad en lo real y evidente, desechando, en fin, añejas y poco ménos que desautorizadas opiniones.

*Guadalete y Covadonga* es, sin ser un libro de pretensiones, obra que se lee á gusto y, sobre todo, que ocupa dignamente el puesto que se le ha dado en la Biblioteca aludida. = C.